

ARTICULO 2 **EL PECADO VENIAL**

Después del pecado mortal, nada hay que debemos evitar con más cuidado que el pecado venial. Aunque sea mucho menos horroroso que el mortal, está situado todavía en la línea del mal *moral*, que es el mayor de todos los males. Ante él palidecen y son como si no fueran todos cuantos males y desgracias de orden físico puedan caer sobre nosotros y aun sobre el universo entero. Ni la enfermedad ni la misma muerte se le pueden comparar. Y la ganancia de todas las riquezas del mundo y el dominio natural de la creación entera no podrían compensar la pérdida sobrenatural que ocasiona en el alma un solo pecado venial.

Es preciso, pues, tener ideas claras sobre su naturaleza, clases, malicia y lamentables consecuencias, con el fin de concebir un gran horror hacia él y poner en práctica todos los medios para evitarlo.

I. Naturaleza del pecado venial.—Es una de las cuestiones más difíciles que se pueden plantear en teología. Para nuestro propósito basta saber que, a diferencia del pecado mortal, se trata de una simple desviación, no de una total aversión del último fin; es una enfermedad, no la muerte del alma¹. El pecador que comete un pecado mortal es como el viajero que, pretendiendo llegar a un punto determinado, se pone de pronto completamente de espaldas a él y empieza a caminar en sentido contrario. El que comete un pecado venial, en cambio, se limita a hacer un rodeo o desviación del recto camino, pero sin perder la orientación fundamental hacia el punto adonde se encamina.

2. División.—Se distinguen tres clases de pecados veniales:

Por su propio género, o sea los que por su misma naturaleza no envuelven sino un leve desorden o desviación (v.gr., una pequeña mentira sin perjuicio para nadie).

Por parvedad de materia, o sea aquellos pecados que de suyo están gravemente prohibidos, pero que por la pequeñez de la materia no envuelven sino un ligero desorden (v.gr., el robo de una pequeña moneda).

Por la imperfección del acto, o sea cuando faltan la plena advertencia o el pleno consentimiento en materias que con ellos serían de suyo graves (v.gr., pensamientos obscenos semiadvertidos o semideliberados).

La simple multiplicación de los pecados veniales, de suyo no los hace cambiar de especie. Mil pecados veniales no equivaldrían jamás a un solo pecado mortal. Sin embargo, un pecado venial podría convertirse en mortal por varios capítulos:

Por conciencia errónea o también *seriamente dudosa* acerca de la malicia grave de una acción que se ejecuta temerariamente².

Por su fin gravemente malo (como el que injuria levemente al prójimo con el fin de hacerle pronunciar una blasfemia).

¹ I-II,72,5.

² Y así, v.gr., el que creyera erróneamente que una acción de suyo lícita es un pecado mortal, peca mortalmente si la comete. Y lo mismo el que duda seriamente si lo será o no: es preciso que salga de la duda (v.gr., estudiando, preguntando a un sacerdote, etc.) antes de lanzarse temerariamente a la acción.

Por *peligro próximo* de caer en pecado mortal si comete el venial (como el que se deja llevar un poco de la ira sabiendo que suele acabar injuriando gravemente al prójimo).

Por *escándalo* grave que ocasionará verosímilmente (como un sacerdote que por simple curiosidad entrara en plena fiesta en una sala de baile de mala fama).

Por *desprecio formal* de una ley que obliga levemente³.

Por *acumulación de materia* que puede llegar a ser grave; v.gr., el que comete varios hurtos pequeños hasta llegar a materia grave: en el último comete pecado mortal (y ya en el primero si tenía intención de llegar poco a poco a la cantidad grave).

3. Malicia del pecado venial.—Es cierto que hay un abismo entre el pecado mortal y el venial. La Iglesia tiene condenada la siguiente proposición de Bayo: «No hay ningún pecado por su propia naturaleza venial, sino que todo pecado merece pena eterna»⁴. Con todo, el pecado venial constituye de suyo una *verdadera ofensa contra Dios*, una *desobediencia voluntaria* a sus leyes santísimas y una *grandísima ingratitud* a sus inmensos beneficios. Se nos pone delante, de un lado, la voluntad de Dios y su gloria, y de otro, nuestros gustos y caprichos, y ¡preferimos voluntariamente estos últimos! Es cierto que no los preferiríamos si supiéramos que nos iban a apartar radicalmente de Dios (y en esto se distingue el pecado venial del mortal, que salta por encima de todo y se aparta por completo de Dios volviéndole la espalda); pero es indudable que la falta de respeto y de delicadeza para con Dios es de suyo *grandísima* aun en el pecado venial. Con razón escribe Santa Teresa:

“Pecado muy de advertencia, por chico que sea, Dios nos libre de él. ¡Cuánto más que no hay poco, siendo contra una tan gran Majestad y viendo que nos está mirando! Que esto me parece a mí es pecado sobrepensado y como quien dice: Señor, aunque os pese, haré esto; ya veo que lo veis y sé que no lo queréis y lo entiendo; mas quiero más seguir mi antojo y apetito que no vuestra voluntad. Y que en cosa de esta suerte hay poco, a mí no me lo parece por leve que sea la culpa, sino mucho y muy mucho”⁵.

Tan grave es, en efecto, la malicia de un pecado venial en cuanto ofensa de Dios, que no debería cometerse aunque con él pudiéramos sacar todas las almas del purgatorio y aun extinguir para siempre las llamas del infierno.

Con todo, hay que distinguir entre los pecados veniales de pura *fragilidad*, cometidos por sorpresa o con poca advertencia y deliberación, y los que se cometen *fríamente*, dándose perfecta cuenta de que con ello se desagrade a Dios. Los primeros nunca los podremos evitar del todo⁶, y Dios, que conoce muy bien el barro de que estamos hechos, se apiada fácilmente de nosotros. Lo único que cabe hacer con relación a esas faltas de pura fragilidad y flaqueza es tratar de *disminuir su número* hasta donde sea posible y *evitar el desaliento*, que sería fatal para el adelanto en la perfección y que supone siempre un fondo de amor propio más o menos disimulado. Escuchemos sobre este punto a San Francisco de Sales:

“Aunque es razón sentir disgusto y pesar de haber cometido algunas faltas, no ha de ser este disgusto agrio, enfadoso, picante y colérico; y así es gran defecto el de aquellos que, en viéndose encolerizados, se impacientan de su impaciencia misma y se enfadan de su mismo enfado...”

³ El desprecio se llama formal si recae sobre la *autoridad misma, material* si sobre otro aspecto diverso, v.gr., sobre la cosa mandada, que parece de poca importancia, etc. En el primer caso hay siempre un grave desorden si se hace con toda advertencia y deliberación *contra la autoridad misma en cuanto tal*.

⁴ Cf. Denz. 1020.

⁵ *Camino* 41,3.

⁶ Se necesitaría para ello un privilegio *especial de Dios*, como el que recibió la Santísima Virgen María. Está definido por el concilio de Trento (cf. Denz. 833).

Créeme, Filotea, que así como a un hijo le hacen más fuerza las reconvenciones dulces y cordiales de su padre que no sus iras y enfados, así también, si nosotros reprendemos a nuestro corazón cuando comete alguna falta con suaves y pacíficas reconvenciones, usando más de compasión que de enojo y animándole a la enmienda, conseguiremos que conciba un arrepentimiento mucho más profundo y penetrante que el que pudiera concebir entre el resentimiento, la ira y la turbación...

Cuando cayere, pues, tu corazón, levántale suavemente, humillándote mucho en la presencia de Dios con el conocimiento de tu miseria, sin admirarte de tu caída; pues ¿qué extraño es que la enfermedad sea enferma, y la flaqueza flaca, y la miseria miserable? Pero, sin embargo, detesta de todo corazón la ofensa que has hecho a Dios y, llena de ánimo y de confianza en su misericordia, vuelve a emprender el ejercicio de aquella virtud que has abandonado⁷.

Haciéndolo así, reaccionando prontamente contra esas faltas de *fragilidad* con un arrepentimiento profundo, pero lleno de mansedumbre, de humildad y confianza en la misericordia del Señor, apenas dejan huella en el alma y no representan un obstáculo serio en el camino de nuestra santificación.

Pero cuando los pecados veniales se cometen *fríamente*, dándose perfecta cuenta, con plena advertencia y deliberación, representan un obstáculo insuperable para el perfeccionamiento del alma. Imposible dar un paso firme en el camino de la santidad. Esos pecados cometidos con tanta indelicadeza y desenfado *contristan al Espíritu Santo*, como dice San Pablo (Eph 4, 30), y paralizan por completo su actuación santificadora en el alma. Escuchemos al P. Lallemand:

“Uno se pasma al ver tantos religiosos que, después de haber vivido cuarenta y cincuenta años en gracia, diciendo misa todos los días y practicando todos los santos ejercicios de la vida religiosa y, por consiguiente, poseyendo todos los dones del Espíritu Santo en un grado físico muy elevado y correspondiente a esta suerte de perfección de la gracia que los teólogos llaman gradual, o de acrecentamiento físico; uno se pasma, digo, al ver que estos religiosos nada de los dones del Espíritu Santo dan a conocer en sus actos y en su conducta; al ver que su vida es completamente natural; que, cuando se les reprende o se les disgusta, muestran su resentimiento; que manifiestan tanta solicitud por las alabanzas, por la estima y el aplauso del mundo, se deleitan en ello, aman y buscan sus comodidades y todo lo que halaga el amor propio.

No hay por qué pasmarse; los pecados veniales que cometen continuamente tienen como atados los dones del Espíritu Santo; no es maravilla que no se vean en ellos los efectos. Es verdad que estos dones crecen juntamente con la caridad *habitualmente* y en su ser físico, mas no *actualmente* y en la perfección que responde al fervor de la caridad y que aumenta en nosotros el mérito, porque los pecados veniales, oponiéndose al fervor de la caridad, impiden la operación de los dones del Espíritu Santo.

Si estos religiosos procuraran la pureza del corazón, el fervor de la caridad crecería en ellos más y más y los dones del Espíritu Santo brillarían en toda su conducta; pero jamás se les verá aparecer mucho, viviendo como viven sin recogimiento, sin atención a su interior, dejándose llevar y arrastrar de sus inclinaciones, no evitando sino los pecados más graves y descuidando las cosas pequeñas⁸”.

Nos ayudará todavía a comprender la malicia del pecado venial deliberado la consideración de los lamentables efectos que trae consigo en esta vida y en la otra.

4. Efectos del pecado venial deliberado⁹.—En *esta vida*.—*Cuatro* son—en esta vida—las principales consecuencias del pecado venial cometido con frecuencia y deliberadamente:

I.a NOS PRIVA DE MUCHAS GRACIAS ACTUALES que el Espíritu Santo tenía vinculadas a nuestra exactitud y

⁷ *Vida devota* p.3.^a c.9 “De la mansedumbre con nosotros mininos”.

⁸ P. LALLEMAND, *La doctrine spirituelle princip* .4 c.3 a.3.

⁹ Cf. TANQUEREY, *Teología ascética* n.729-35.

fidelidad, destruidas por el pecado venial voluntario. Esta privación determinará unas veces la caída en una tentación que hubiéramos evitado con esa gracia actual de que hemos sido privados; otras, la negación de un nuevo avance en la vida espiritual; siempre, una disminución del grado de gloria eterna que hubiéramos podido alcanzar con la resistencia a aquella tentación o con aquel crecimiento espiritual. Sólo a la luz de la eternidad—cuando ya no haya remedio—nos daremos cuenta de que se trataba de un tesoro infinitamente superior al mundo entero. ¡Y lo perdimos alegremente por el antojo y capricho de cometer un pecado venial!

2.a DISMINUYE EL FERVOR DE LA CARIDAD y la generosidad en el servicio de Dios. Este fervor y generosidad supone un sincero *deseo de la perfección* y un *esfuerzo constante* hacia ella, cosas del todo incompatibles con el pecado venial voluntario, que significa una renuncia al ideal de superación y una parada voluntaria en la lucha empeñada para ello.

3.a AUMENTA LAS DIFICULTADES PARA EL EJERCICIO DE LA VIRTUD.—Es una resultante de las dos consecuencias anteriores. Privados de muchas gracias actuales que necesitaríamos para mantenernos en el camino del bien y disminuido nuestro fervor y generosidad en el servicio de Dios, el alma se va debilitando poco a poco y perdiendo cada vez más energías. La virtud aparece más difícil, la cuesta que conduce a la cima resulta cada vez más escarpada, la experiencia de los pasados fracasos—de los que únicamente ella tiene la culpa --descorazona al alma y, a poco que el mundo atraiga con sus seducciones y el demonio intensifique sus asaltos, lo echa todo a rodar y abandona el camino de la perfección y acaso se entrega sin resistencia al pecado. De donde:

4.a PREDISPONE PARA EL PECADO MORTAL.—Es afirmación clara del Espíritu Santo que «el que desprecia lo pequeño, poco a poco se precipitará» (Eccli 19,1). La experiencia confirma plenamente el oráculo divino. Rara vez se produce la caída vertical de un alma llena de vida y pujanza sobrenaturales, por violento que sea el ataque de sus enemigos. Casi siempre, las caídas que dejan al alma maltrecha junto al polvo del camino se han ido preparando poco a poco. El alma ha ido cediendo terreno al enemigo, ha ido perdiendo fuerzas con sus imprudencias voluntarias en cosas que estimaba de poca monta, han ido disminuyéndose las luces e inspiraciones divinas, se han desmoronado poco a poco las defensas que guardaban la fortaleza de nuestra alma, y llega un momento en que el enemigo, con un furioso asalto, se apodera de la plaza.

En *la otra vida*.—*El* pecado venial tiene, además, una lamentable repercusión en el purgatorio y en el cielo.

1.º EN EL PURGATORIO.—La única razón de ser de las penas del purgatorio es el castigo y la purificación del alma. Todo pecado, además de la culpa, lleva consigo un reato de pena, que hay que satisfacer en esta vida o en la otra. El reato de pena procedente de los pecados mortales ya perdonados en cuanto a la culpa y el de los veniales perdonados o no en esta vida: he ahí el combustible que alimenta el fuego del purgatorio. «Todo se paga», decía Napoleón en Santa Elena; y en ninguna cosa se cumple mejor esta sentencia que en lo relativo al pecado. Dios no puede renunciar a su justicia, y el alma tendrá que pagar hasta el último céntimo antes de ser admitida al goce beatífico. Y las penas que en el purgatorio tendrá que sufrir por esas faltas que ahora tan ligeramente comete calificándolas de «bagatelas», de «escrúpulos» y de *peccata* minuta exceden a las mayores que en este mundo se pueden sufrir. Lo dice expresamente Santo Tomás¹⁰, y sus razones quedan plenamente confirmadas si tenemos en cuenta que las penas de esta vida, por terribles que sean, son e tipo puramente natural, mientras que las del purgatorio pertenecen al oren sobrenatural de la gracia y la gloria; hay un abismo entre ambos órdenes y tiene que haberlo, por consiguiente, entre las penas correspondientes.

2.º EN EL CIELO.—Los aumentos de gracia santificante de que el alma quedó privada en este vida por la substracción de tantas gracias actuales en castigo de sus pecados veniales, tendrán una repercusión eterna. El alma tendrá en el cielo una *gloria menor* de la que hubiera podido alcanzar con un poco más de cuidado y fidelidad a la gracia y, lo que es infinitamente más lamentable todavía, *glorificará menos a Dios* por toda la eternidad. El grado

¹⁰ «En el purgatorio hay dos clases de penas: una de *daño*, que consiste en retardarles la hora de la divina visión; y otra de *sentido*, que consiste en el tormento del fuego corporal. Y una y otra son tan grandes, que *la más pequeña pena del purgatorio, excede a la mayor de este mundo*» (*Suppl.* a la Suma, cuestión de purgatorio a.3).

de gloria propio y de glorificación divina está en relación directa con el grado de gracia conseguido en esta vida. ¡Pérdida irreparable, que constituiría un verdadero tormento para los bienaventurados si fueran capaces de sufrir!

5. Medios de combatir el pecado venial. —Ante todo es menester concebir un gran horror hacia él. No daremos un solo paso firme y serio en el camino de nuestra santificación hasta que lo consigamos plenamente. Para ello nos ayudará mucho considerar despacio las razones que acabamos de exponer sobre su malicia y fatales consecuencias. Hemos de volver a la carga una y otra vez en la lucha contra el pecado venial, sin abandonarla un instante con el pretexto de «tomar aliento». En realidad, con esas paradillas y vacaciones en la vida de fervor y de vigilancia continua, quien «toma aliento» es el pecado, azuzado por nuestra indolencia y cobardía. Hay que ser muy fieles al *examen de conciencia*, general y particular; hemos de incrementar nuestro *espíritu de sacrificio y de oración*; hemos de guardar el *recogimiento exterior e interior* en la medida máxima que nos permitan las obligaciones del propio estado; hemos de recordar, en fin, el *ejemplo de los santos*, que se hubieran dejado matar antes que cometer un solo pecado venial deliberado. Cuando logremos arraigar en nuestra alma esta disposición de un modo permanente y habitual; cuando estemos dispuestos, con prontitud y facilidad, a practicar cualquier sacrificio que sea necesario para evitar un pecado venial deliberado por mínimo que parezca, habremos llegado al segundo grado negativo de la piedad, que consiste en la fuga del pecado venial. No es empresa fácil. Si el primer grado—fuga absoluta del pecado mortal—cuesta ya tantas luchas, ¿qué decir de la fuga absoluta del pecado venial? Pero por difícil que sea, es perfectamente posible irse acercando a ese ideal con la lucha constante y la humilde oración hasta conseguirlo en la misma medida en que lo consiguieron los santos¹¹.

ARTICULO 3

LA IMPERFECCIÓN

El tercer grado de perfección, en el aspecto *negativo* de la palabra, es la *ausencia de imperfecciones voluntarias*.

Aunque es cuestión vivamente discutida entre los teólogos, creemos que la imperfección, aun voluntaria, es distinta del pecado venial¹². Un acto *en sí bueno* no deja de estar en la línea del bien aunque hubiera podido *ser mejor*. El pecado venial, en cambio, está en la línea del mal, por mínimo que sea. Hay un verdadero abismo entre ambas líneas. En teoría, pues, la distinción entre pecado venial e imperfección nos parece muy clara.

Sin embargo, en la práctica, la imperfección plenamente *voluntaria* trae consecuencias muy funestas en la vida espiritual y es de suyo suficiente para impedir el vuelo de un alma hacia la santidad. Escuchemos a San Juan de la Cruz, que es acaso quien con más claridad y precisión ha hablado de las imperfecciones.

Por de pronto, el Santo distingue muy bien entre pecado venial e imperfección; para él son dos cosas perfectamente distintas. He aquí sus palabras con todo su contexto:

“Pero todos los demás *apetitos voluntarios*, ahora sean de *pecado mortal*, que son los más graves; ahora de *pecado venial*, que son menos graves; ahora sean *solamente de imperfecciones*, que son los menores, todos se han de vaciar y de todos ha el alma de carecer para venir a esta total unión por mínimos que sean. Y la

¹¹ Cf. TISSOT, *La vida interior simplificada* p.I. 1.3 C.I.

¹² Cf. n.159, donde explicamos las razones que tenemos para pensar así

razón es porque el estado de esta divina unión consiste en tener el alma, *según la voluntad*, con total transformación en la voluntad de Dios, de manera que no haya en ella cosa contraria a la voluntad de Dios, sino que en todo y por todo su movimiento sea voluntad solamente de Dios”¹³.

El Santo acaba de apuntar la razón fundamental por la que es preciso renunciar en absoluto a las imperfecciones voluntarias. Y a continuación expone con más amplitud su pensamiento en la siguiente forma:

“Pues si esta alma quisiese alguna imperfección que no quiere Dios, no estaría hecha una voluntad de Dios, pues el alma tenía voluntad de lo que no la tenía Dios, Luego claro está que para venir el alma a unirse con Dios perfectamente por amor y voluntad ha de carecer primero de todo apetito de voluntad por mínima que sea. Esto es, que *advertidamente y conocidamente* no consienta con la voluntad en imperfección y venga a tener poder y libertad para poderlo hacer en *advirtiendo*” (*Ibid.*, n.3).

Como se ve, el Santo subraya con fuerza la voluntariedad de esas imperfecciones para distinguirlas de las de pura fragilidad e inadvertencia, que es imposible evitar del todo. Sigamos escuchándole:

«Y digo *conocidamente* porque sin advertirlo y conocerlo, o sin ser en su mano, bien caerá en imperfecciones y pecados veniales y en los *apetitos naturales* que habernos dicho; porque de estos tales pecados no tan voluntarios y subrepticios está escrito que *el justo caerá siete veces en el día y se levantará* (Prov 24,16). Mas los *apetitos voluntarios*, que son pecados veniales de advertencia, aunque sean de mínimas cosas, como he dicho, basta uno que no se venza para impedir» (*Ibid.*, n.3).

Claro que es preciso distinguir entre algún acto aislado, aunque sea voluntario, y el hábito arraigado de voluntaria imperfección. Este último es el que impide la perfecta unión con Dios. Lo dice expresamente el Santo:

«Digo no mortificando el tal *hábito*, porque algunos *actos*, a veces, de diferentes apetitos aún no hacen tanto cuando los *hábitos* están mortificados. Aunque también éstos ha de venir a no los haber, porque también proceden de *hábito* de imperfección. Pero algunos hábitos de voluntarias imperfecciones en que nunca acaban de vencerse, éstos no solamente impiden la divina unión, pero el ir adelante en la perfección» (*Ibid.*, n.3).

Y a continuación, por vía de ejemplo, señala algunas de estas imperfecciones voluntarias:

«Estas imperfecciones habituales son: como una común costumbre de hablar mucho, un asimiento a alguna cosa que nunca acaba de querer vencer, así como a persona, a vestido, a libro, celda, tal manera de comida y otras conversacioncillas y gustillos en querer gustar de las cosas, saber y oír y otras semejantes» (*Ibid.*, n.4).

Y vuelve otra vez a la carga para ponderar los daños que esos hábitos de imperfecciones voluntarias causan al alma, empleando el bello símil del ave atada a un hilo que la impide levantar el vuelo:

«Cualquiera de estas imperfecciones en que tenga el alma asimiento y hábito es tanto daño para poder crecer e ir adelante en la virtud, que, si cayese cada día en otras muchas imperfecciones y pecados veniales sueltos que no proceden de ordinaria costumbre, de alguna mala propiedad ordinaria, no le impedirán tanto cuanto el tener el alma asimiento a alguna cosa. Porque en tanto que le tuviere, excusado es que pueda ir el alma adelante en perfección aunque la imperfección sea muy mínima. Porque eso me da que una ave esté asida a un hilo delgado que a un grueso; porque, aunque sea delgado, tan asida se estará a él como al grueso en tanto que no le quebrare para volar. Verdad es que el delgado es más fácil de quebrar; pero por fácil que es, si no le quiebra, no volará. Y así es el alma que tiene asimiento en alguna cosa, que, aunque más virtud tenga, no llegará a la libertad de la divina unión» (*Ibid.*, n.4).

¹³ *Subida* I,II,2.

Esta magnífica doctrina del sublime místico fontivero encuentra su mejor confirmación en la doctrina tomista del crecimiento de los hábitos. Según Santo Tomás¹⁴, la caridad y todos los demás hábitos infusos no crecen más que *por un acto más intenso* que el hábito que actualmente se posee¹⁵. Ahora bien: la imperfección es, por su propia naturaleza, un acto *remiso*, o sea, la negación voluntaria del acto más intenso. Imposible, pues, dar un paso en la perfección si no se renuncia a las imperfecciones voluntarias.

Y ésta es la causa de que en la práctica se frustren tantas santidades en potencia y escaseen tanto los verdaderos santos. Son legión las almas que viven habitualmente en gracia de Dios, que jamás caen en pecados mortales y se esfuerzan incluso en evitar los veniales. Y, sin embargo, se las ve paralizadas en la vida espiritual; pasan los años y continúan igual o acaso con mayores imperfecciones cada vez. ¿Qué es lo que ocurre para explicar este fenómeno? Sencillamente, que no se han preocupado de desarraigar sus imperfecciones *voluntarias*; no han tratado de quebrar «el hilo delgado» que las tiene sujetas a la tierra, y por eso no pueden levantar el vuelo hacia las alturas. ¡Con qué acento de compasión y de tristeza lo lamenta San Juan de la Cruz!

“Y así, es lástima ver algunas almas, como unas ricas naos cargadas de riquezas, y obras, y ejercicios espirituales, y virtudes, y mercedes que Dios las hace, y por no tener ánimo para acabar con algún gustillo, o asimiento, o afición—que todo es uno—, nunca van adelante ni llegan al puerto de la perfección, que no estaba en más que dar un buen vuelo y acabar de quebrar aquel hilo de asimiento o quitar aquella pegada rémora del apetito.

Harto es de dolerse que haya Dios hécholes quebrar otros cordeles más gruesos de aficiones de pecados y vanidades, y por no desasirse de una niñería que les dijo Dios que venciesen por amor de El, que no es más que un hilo y que un pelo, dejen de ir a tanto bien. Y lo que peor es, que no solamente no van adelante, sino que por aquel asimiento vuelven atrás, perdiendo lo que en tanto tiempo con tanto trabajo han caminado y ganado¹⁶; porque ya se sabe que en este camino el no ir adelante es volver atrás y el no ir ganando es ir

¹⁴ Cf. n. 285,12^a y 361, donde explicamos largamente esta doctrina.

¹⁵ Esa mayor intensidad obedece al empuje de una *gracia actual* también más intensa que el hábito; de lo contrario, sería imposible (nadie da lo que no tiene). De donde se deduce la importancia decisiva de la *oración*, único procedimiento que tenemos a nuestro alcance para impetrar esas gracias actuales, que, como ya explicamos en su lugar, escapan al mérito propiamente dicho (cf. n.285,14.^a)

¹⁶ Estas palabras del santo Doctor necesitan explicación. Como es sabido, los méritos contraídos ante Dios nunca disminuyen por muchos pecados veniales que se cometan. Mientras no venga el pecado mortal a destruir totalmente la vida de la gracia, los méritos adquiridos permanecen íntegros delante de Dios, lo mismo que el grado *habitual* de los hábitos infusos. Lo dice expresamente Santo Tomás con relación a la caridad (cf. 11-II,24,50: “Utrum caritas possit diminui”). La razón es porque, como explica el Angélico Doctor, la conservación de una cosa cualquiera depende de su causa. Ahora bien: la causa de las virtudes adquiridas son los actos humanos; de donde, si esos actos humanos cesan, las virtudes adquiridas disminuyen y pueden, finalmente, desaparecer del todo. Pero esto no tiene lugar con relación a la caridad, porque la caridad, como virtud infusa, no ha sido causada por los actos humanos, sino únicamente por Dios. De donde se sigue que, aun *cesando los actos*, no disminuye ni se corrompe, con tal de que no haya pecado en la misma cesación». Y a continuación explica Santo Tomás cómo efectivamente el pecado venial no hace disminuir el hábito de la caridad—ni, por consiguiente, el *de* las demás virtudes infusas—ni efectiva ni meritoriamente. Luego con mayor motivo hay que decir que no las hacen disminuir las simples imperfecciones.

Sin embargo, rectamente entendido, es verdad lo que dice San Juan de la Cruz. Porque —como él mismo explica a continuación en el mismo texto que estamos citando—una imperfección cometida voluntariamente casi nunca va sola; arrastra consigo otras muchas, que van enflaqueciendo y debilitando las fuerzas del alma (aunque continúen íntegros los hábitos infusos y méritos contraídos ante Dios) la predisponen cada vez más a caer en pecados veniales y, finalmente, en el mortal, que derrumbaría toda su vida sobrenatural. En este sentido concede también Santo Tomás—al final del artículo citado—que el pecado venial—y no hay inconveniente en decir que también las imperfecciones voluntarias, aunque más remotamente—disminuyen *indirectamente* la caridad, en cuanto que la predisponen a su corrupción o desaparición por el pecado mortal.

perdiendo. Que eso quiso Nuestro Señor darnos a entender cuando dijo: ««El que no es conmigo, es contra mí, y el que conmigo no allega, derrama» (Mt 12,30). El que no tiene cuidado de remediar el vaso, por un pequeño resquicio que tenga, basta para que se venga a derramar todo el licor que está dentro. Porque el Eclesiástico nos lo enseñó bien diciendo: «El que desprecia las cosas pequeñas, poco a poco irá cayendo». Porque, como él mismo dice (11,34), «de una sola centella se aumenta el fuego». Y así, una imperfección basta para traer otra, y aquéllas, otras; y así, casi nunca se verá un alma que sea negligente en vencer un apetito que no tenga otros muchos, que salen de la misma flaqueza e imperfección que tiene en aquél. Y así, siempre van cayendo. y ya hemos visto muchas personas a quien Dios hacía merced de llevar muy adelante en gran desasimiento y libertad, y por sólo comenzar a tomar un asimiento de afición y so color de bien, de conversación y amistad, írseles por allí vaciando el espíritu y gusto de Dios y santa soledad, caer de la alegría y entereza en los ejercicios espirituales y no parar hasta perderlo todo; y esto porque no atajaron aquel principio de gusto y apetito sensitivo guardándose en soledad para Dios» (*Ibid.*, n.4 y 5)

Se impone, pues, como algo absolutamente necesario, si queremos llegar a la perfecta unión con Dios, la lucha decidida e incansable contra las imperfecciones voluntarias. El alma debe poner todo su empeño y desplegar todas sus energías en ir las disminuyendo por todos los medios a su alcance. Ha de tender siempre hacia *lo más perfecto*, procurando hacer todas las cosas con *la mayor intensidad posible*. Naturalmente que esta mayor intensidad no hay que imaginarla como algo de tipo físico u orgánico, como si fuera menester poner en tensión el sistema nervioso y apretar con fuerza los puños al hacer un acto de amor de Dios. No es eso. Se trata únicamente de *perfeccionar los motivos* que nos impulsan a obrar, haciendo todas las cosas cada vez *con mayor pureza de intención*, con mayores ansias de glorificar a Dios, con ardiente deseo de que su acción nos invada y domine por completo, de que el Espíritu Santo se apodere totalmente de nuestra alma y haga lo que quiera de nosotros en el tiempo y en la eternidad sin tener para nada en cuenta nuestros gustos o caprichos. Consiste sencillamente en una adaptación cada vez más perfecta y dócil a la voluntad de Dios sobre nosotros, hasta dejarnos llevar por El, sin la menor resistencia, a donde El quiera; que no será sino hasta la muerte total a nuestros egoísmos humanos y la plena transformación en Cristo, que nos permita decir con San Pablo: «ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20).

Claro que esta profunda transformación de nuestro ser y muerte total a nuestro yo egoísta es empresa superior a las fuerzas humanas, aun ayudadas de la simple gracia ordinaria. Mientras el hombre tenga la iniciativa de su propia vida cristiana mediante el simple ejercicio ascético de las virtudes al *modo humano*, es imposible alcanzar esa profunda purificación de lo más íntimo de nuestro ser. Es menester que se encargue el Espíritu Santo mismo de hacer esa transformación profunda en su doble aspecto *negativo y positivo*. Lo dice expresamente

San Juan de la Cruz¹⁷, y tiene que decirlo cualquiera que se dé cuenta de la magnitud de esa empresa, que rebasa y trasciende por completo las fuerzas de la pobre alma aun ayudada de la simple gracia ordinaria, que deja en sus manos inexpertas el timón y gobierno de sí mismo. La santidad es imposible fuera de la vida mística.

¹⁷ He aquí las palabras mismas del santo Doctor, que son una prueba irrefutable de la necesidad de la mística para la perfección según San Juan de la Cruz: “Estas imperfecciones baste aquí haber referido de las muchas en que viven los de este primer estado de principiantes para que se vea cuánta sea la necesidad que tienen de que Dios les ponga en estado de aprovechados; que se hace entrándolos en la *noche* obscura que ahora decimos, donde, destetándolos Dios de los pechos de estos gustos y sabores en puras sequedades y tinieblas interiores, les quita todas estas impertinencias y niñerías y hace ganar las virtudes por medios muy diferentes. *Porque, por más que el principiante se ejercite en mortificar en sí todas estas sus acciones y pasiones, nunca del todo, ni con mucho, puede, hasta que Dios lo hace en él pasivamente por medio de la purgación de la dicha noche*” (*Noche I,7,5*).